

# **HOMILIA EN LA SANTA MISA POR LOS 50 AÑOS DE FALLECIMIENTO DEL PADRE LUIS MARÍA ETCHEVERRY BONEO.**

Catedral de Buenos Aires

16 de marzo de 2021, Año de San José

Querido Señor Cardenal Mario Poli,

Querido hermano Mons. Eduardo Taussig,

Queridos hermanos sacerdotes, queridas servidoras

Queridos hermanos en el Señor:

La Eucaristía es la acción de gracias por excelencia que Jesucristo en nombre nuestro eleva al Padre.

Acción de gracias por el don de la creación, de la redención, de la santificación y de la prenda de la gloria eterna.

Hoy queremos agradecer especialmente por dos grandes dones que el Señor nos ha dado a los argentinos. Los regalos de Dios no son cosas sino personas. El gran regalo ciertamente es Jesucristo, nuestro Redentor.

Recordamos hoy con gratitud la figura de San José Gabriel del Rosario Brochero (es su fiesta litúrgica). Nuestro cura gaucho, tan querido por nuestro pueblo, especialmente por los sacerdotes. Ejemplo incansable de evangelizador, entregado a su pueblo, con una sabia inculturación del Evangelio; todo lo que hizo tuvo como horizonte el bien y la santificación

de sus fieles. Fue un promotor del Reino de Dios, abanderado de Cristo, buscando también la promoción de sus hijos de Traslasierra.

Pero especialmente estamos reunidos en esta celebración dar gracias a Dios por el Siervo de Dios Padre Luis María Etcheverry Boneo, al cumplirse 50 años de su retorno a la casa del Padre.

Los que hemos tenido la dicha de conocerlo, ya sea personalmente o a través de su doctrina, tenemos la certeza de que hemos gozado de la presencia de un "hombre de Dios", un sacerdote excepcional y esperamos con confianza y oramos para que la Iglesia pronto pueda reconocer su santidad.

No es éste el lugar para hacer un panegírico, o una enumeración de su doctrina y de sus obras. Esto escapa a la posibilidad y naturaleza de una homilía, pero sí permítanme, seguramente con muchas limitaciones, elevar una acción de gracias a Dios Uno y Trino por todo lo que nos regaló con el sacerdocio del Padre.

Muchas de sus enseñanzas están ubicadas en un tiempo pre-conciliar o cercanas a las enseñanzas del Concilio Vaticano II y de los magisterios luminosos de los últimos Sumos Pontífices, lo cual nos da una pauta de lo visionaria de su mirada teológica-espiritual de la Iglesia y del mundo, porque lo que él nos enseñó lo vimos gozosamente confirmado por el Magisterio posterior.

Cómo no agradecer a Dios porque por medio de su predicación nos enseñó a mirar todo, desde lo teologal. *Con esta visión y convicción, el Padre enseñaba y mostraba con "naturalidad" todo el mundo sobrenatural.* Contemplar las personas y el mundo desde Dios, y a Dios y el cielo, desde las personas. Lo más real y verdadero es lo que no se ve, lo que no se toca. Es Dios, uno y trino, la gracia, el cielo...A él le era connatural lo sobrenatural y esto por la gran vigencia que tenía de las virtudes teologales: la fe, que en él era capaz de mover montañas; la esperanza, fundamento de su serena alegría, de su seguridad; y la caridad, caldera de su entrega total, de su celo apostólico asombroso, gastando su vida por Dios y sus hermanos.

Cómo no agradecer que nos inculcara que el fin de la vida del hombre es la eternidad para lo cual debíamos buscar y anhelar la santidad. Nos decía que el santo es aquel que se lo propone, pero aclarando inmediatamente, para evitar todo pelagianismo, que ésta es obra de Dios y que Él no podía negar la gracia a quien la buscara con humildad y rectitud porque era su mandato: **"Sed santos, porque yo soy santo"** (1 Pedro 1, 16).

Nos enseñó a los sacerdotes, consagrados y consagradas, que teníamos que santificarnos santificando, recordándonos que "quien se olvida de cultivar el propio jardín, el jardín de su alma, para servirlo a Dios en el prójimo y en el mundo, con la entrega más total, Dios lo colma, como hizo con el Santo Cura de Ars, porque Dios no se deja vencer en generosidad".

Enseñó a los laicos que debían santificarse “construyendo la tierra, mirando al cielo y llegar al cielo construyendo la tierra” y lo expresaba tan bellamente en la oración de los bachilleres del San Pablo , en donde los comprometía a trabajar para que se pueda llegar a ofrecer a Dios un mundo “sacramentalizado” en el que *“naturaleza y hombre, trabajo e institución, /ciencia y técnica y arte, vida privada y social, /todo, llegue a ser, construcción de este tiempo, /y a la vez producto de la eternidad, /fomento de la vida de este mundo /y prenda de alabanza gozosa de Dios por los siglos todos”*.

Cómo no dar gracias a Dios porque nos marcó a fuego con el deseo de entregar la vida para la mayor gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos y nos propuso como ideal , **“gastar y desgastar”** toda la vida para **“instaurar todo en Cristo”**, para “unir lo eterno y lo temporal”, para “sacramentalizar el mundo”, con el convencimiento que sólo Jesucristo es capaz de dar al hombre y a la sociedad, la salvación eterna y el bienestar temporal como añadidura, y así hacer realidad aquella otra expresión del Apóstol “ todo es vuestro, vosotros sois de Cristo, Cristo es de Dios” (1 Cor. 3,21-23).

Con gran intuición vio la importancia de trabajar en el mundo de la cultura - poco tiempo después San Pablo VI nos iba a enseñar que si no se evangeliza la misma todo será muy superficial - por eso dedicó tanto tiempo a la formación de personas e instituciones con ese fin y Dios quiso que escribiese más en los corazones que en los libros. Su gran preocupación fue la formación de dirigentes para actuar en el campo de la vida civil desde una visión cristiana del mundo. Fue en cierto sentido

profeta de la decadencia de la Argentina que tanto quería, pero siempre con una mirada esperanzadora.

Cómo no agradecer a Dios la clarividencia del Padre para percibir la gran capacidad “sacramental” de la mujer, el auténtico ser femenino en toda su belleza y su grandeza, según el modelo de la Virgen María, como signo e instrumento de salvación, de paz y alegría en lo temporal, y de inspiración que impulsara a ordenar todo lo terreno hacia el gozo eterno (como lo expresara tan profundamente el querido y recordado P. Bonet). Y como fruto, la fundación de Vírgenes consagradas (las Servidoras) al servicio de la Iglesia que, con el voto de perfecta y perpetua castidad, se constituían en esposas de Jesucristo, que debían ser apóstoles en el mundo, ejerciendo una maternidad espiritual sobre personas y ambientes.

“Tú que quisiste que la mujer fuera  
Arco iris, puente, instrumento de reconciliación  
De los hombres Contigo y entre ellos,  
Y que la paz y el amor siempre pusiera.  
Tú que variaste sus múltiples talentos,  
Y la llamaste a rendir ciento por uno,  
Para que ella y el hogar y el mundo fueran,  
Más fecundos para esta y la otra tierra”.

El tiempo es tirano, pero cómo no agradecerle a Dios que las grandes enseñanzas del Padre más que dichas **fueron vividas**. Su persona fue un sacramental.

En su vida vimos reflejado, al buen Pastor, que se pasó 30 años dando cada día su vida por las ovejas, incansablemente.

Y ese Buen Pastor que da la vida, que se convierte en Cordero inmolado, junto con Jesucristo, tuvo su más plena expresión en la pasión y muerte del Padre. Los que lo acompañaron, sólo la última semana de su vida, fueron testigo de una muerte santa. Dio la vida por las ovejas confiadas a su pastoreo.

Cómo no recordar su señorío, la capacidad de tratar a todos sin distinción, desde las personas de más elevada cultura y enseguida con un trato exquisito con Juan o Don Germán, peones de la casa. Sus caminatas por Santa María de la Armonía, como gozaba enseñándonos los distintos tipos de árboles, pero siempre terminando elevándonos a pensar en el Creador, en Su gloria, en la tarea de sacramentalizar. En la espontaneidad de los paseos o en los inolvidables té del colegio, o en las clases de visión del mundo, nos invita a la magnanimidad, hablándonos de Dios, de su obra y de la necesidad de restaurar todo en Cristo

El gran secreto de su vida y de sus obras fue su amor a la persona de Jesús. “Mi vida es Cristo” solía repetir y por eso su día se centraba en torno a la Eucaristía celebrada y adorada. Imposible olvidar su actitud y sus gestos: estaba sumergido en el “Misterio” porque estaba personificando a Cristo actualizando el Misterio Pascual. Nada lo perturbaba, el tiempo parecía detenerse. Daba la impresión de asistir a la realidad, como si el velo del sacramento se hubiere levantado y uno pudiera ver la realidad.

Hombre de oración, como él nos lo proponía “...vivir unidos amical y fraternalmente a **Jesucristo**, en manos del Padre, bajo el manto de **María**, en escucha del **Espíritu Santo**”.

De su amor al Señor nacía su amor a la Iglesia. Nos enseñó a sentir con ella, repitiéndonos muchas veces la expresión de San Ignacio “tener ánimo pronto para obedecer en todo a la verdadera esposa de Cristo, Nuestro Señor”. Nos hacía vibrar con sus triunfos y alegrías, sufrir con sus dificultades... Cómo lo vimos sufrir, por los problemas de la Iglesia, tengo el convencimiento que ofreció su vida por ella, pero dándonos siempre la seguridad que la barca la conduce el Señor por medio del misterio Petrino y con la fuerza de la la promesa de Jesucristo: “No teman, yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo” Mt.28,16-20

Amor a la Iglesia, amor y obediencia filial al Santo Padre, a su Magisterio, fueron enseñanzas grabadas a fuego.

Pero, por último, no por eso menos importante, el amor tierno y viril a la Santísima Virgen.

Nos enseñaba a sentirnos caballeros para ser sus servidores en la extensión del Reino de Su Hijo, y también niños muy pequeños necesitados de su protección maternal.

Y a las chicas le proponía a La virgen como “el modelo de toda conducta femenina. De ella debe aprender la mujer a vivir un estado sacramental...para ser plenamente mujer”

Que esta Eucaristía sea un gran agradecimiento por el “don” que fue la vida y la muerte del Padre, pero, tengamos presente, que todo regalo de Dios exige una respuesta de nuestra parte.

Muchas veces, el Padre terminaba sus charlas personales o grupales con una expresión con la cual quería alentarnos frente a las dificultades: ¡Coragio!

En este año dedicado a San José, quiero pedir, para todos, por su intercesión, la gracia de la valentía creativa (Francisco) para renovar

